

Interrogatorio.

- ¿Me dá usted una cerilla, señorito?
- Para qué? - Pa encender este cigarro.
- Pero, díco ^o tú fumas? - Ya lo ves, como que ayer cumplí deiseis años y hace ya la mitaz próximamente que me busco yo solo los garbancos.
- Tú solo? - Si señor. - ¿En qué trabajas?
- Talmente trabajar, yo no trabajo, pero cojo colillas por las calles y despues se las vendo a uno del Rastro ya que las dé unas pizcas con espíritu y las ponga otra vez en el estanco.
- Pero sacarás de eso! - No es gran cosa, pero, gracias a Dios, con lo que saco, la Chupitor y yo vamos decentes.
- ¿Y quién es la Chupitor? - Pues un apañao. Ella andaba por ahí con otros golfos en cueros vivos y durmiendo al raso y comiendo un porción de porquerías de esas que quitan carnes y dan flatos; pero un día nos vimos casualmente reñen lavao y nos choquemos tanto que, casi sin hablar, como quien dice, acordemos los dos el agregarnos.
- De modo que tendré que mantenerla? - Por ahora, no, porque comemos randos un día en el cuartel de la Montaña y otro día en San Gil u en el Rosario; lo cual quiere decir que con un cluero y un poco de Monóvar que tomamos

ande nos viene bien, por las mañanas,
hace uno su negocio.

— Pero, en cambio,
la tendrás que vestir. — Hombre, unas veces
la visto, y otras veces, lo contrario,
ella me viste á mí: porque ella tiene,
pa que se entere usté, muy buenas manos
y ya saca bastante. — Recogiendo
colillas? — No, señor: en otro ramo.
Ella se anda en pañuelos, pero es fácil
que pase á remontoirs antes de Mayo,
ni la conserva Dios, como hasta hoy día,
luz en la vista y en los dedos tanto.

— ¿Y no te da vergüenza que la gente
se entere de que andas en esos tratos?
— Vergüenza á mí? — ¿Por qué? Si más ó menos
señor ladrones tóos. — Pero, un diacho!...

— ¿Tú sabes lo que dicen? — Ay, que gracia!
Que si sé lo que digo! — ¿Que apostaron
á que si no existieran los presidios
habría más ladrones que garbanos
y á que le daban la cantana al verbo
mundios que van de birba y gaban sacos?

— ¿Quién le enseña esas cosas? — A mí, nadie.

— ¿Tienes familia? — Sí: catorce hermanos,
de madre tóos. — De madre solamente!

— Sí, señor. — ¿Qué rareza! — Sí, que es raro,
pero fue' la mujer tan desgraciada
que se quedaba viuda tóos los años.

Ahí es que, bien mirados, nos parecemos
igual que un par de huevos á un canario.

— ¿Y tus hermanos, qué hacen? — Por ahí andan
buscándose honestamente cuatro cuartos.
Isax, que es el mayor, pide limosna
por las noches, y saca un buen diario,

porque tie' malas pulgas y si algunos
dice que Dios le ampara, le da un palo.
El otro que le sigue es periodista
y ademais hace terror, toca el piano
y vende camarones. El tercero

afeita' cara al sol, junto al fisilato
y le sube la ropa a una del rio
los dias que no tie' mucho trabajo,
y el cuarto esta' de huésped en Ocaña
por una temporada. - Porqué? - Por blásfemo
y por darle lecciones sin pedírselas
al que hace los billetes en el Banco.

Tó' los demás hermanos son hermanos
- ¿Thacen algo tambien? - No han de hacer algo!
Las cosas de su seso. - ¿Están viviendo?

- Na' más que algunas, porque tres i cuatro
no viven ya, segun me han dicho a todos,
porque yo hace un porción que no las trato!

- ¿Con quien vive tu madre? - Con la Ulpiana,
la pequeña, que tie' dieinueve años
y un cutis y unas formas, que talmente
se está viendo a la virgen del Amparo.
Pue' que usté las conozca, porque suelen
el ir de noche a entretenerse un rato
i bien al Imperiat i bien a Islava.

- Si las conoceré. - Toma, pachasco!

Mi hermana es una chica regordeta
que acostumbra a llevar siempre colgando
tó' el pelo por detrás, y ademais gasta
un sombrero de celpa con dos pájaros
y botas encarnas de terciopelo
con guarniciones de pellejo blanco.
Es la que está mejor en la familia.
Verdad que es una fiera trabajando,
porque en diciendo que mi hermana dice
que a trabajar, tó' el mundo boca abajo.

- ¿Y qué hace? - ¿Qué? Lo mismo que las otras.
- ¿Las cosas de su serpo? - Pues ex claro.
Pero, dígame usted y usted perdoue:
¿va usted a hacerme el padron, ahora que caigo?
¿O no es ná más que un vicio de la sangre
eso de hacer preguntas a destajo?
- Toma y calla. - ¡Relente, una peseta!
- Ahora ¿qué va a hacer con ese cuarto?
- Comprarle a la Chupitor unas ligas
y una caja de polvos de los caros,
con permiso de usted. - ¿Qué; también gasta
de eso? - ¿Quién, la Chupitor? A tó pasto.
Se há dao por la finura y por el hijo
desde que vió a mi hermana, no sé cuándo,
y lo que es hasta el día que ella tenga
un sombrero de celra con dos pájaros
y botas encarnas de terciopelo
con guarniciones de pellejo blanco,
no pára. - Puede ser que lo consiga.
- Pa mí, que sí, seños, y pronto. - Vanos,
aunda con Dios y que recojas muchas.
- Se agradece y ya sabe usted ande estamos
ella y yo: por el día en el arroyo
y de noche, en la calle del Amparo,
ciento cuarenta y tres, piso tercero,
segundo corredor, número cuatro.

— José López Silva.